

te leche para nuestros gatitos. Desde que ese malvado lechero encerró sus vacas los pobres están locos por probarla.

Gorrión empezó a alejarse de allí con Pascual en brazos, pero los cencerros sonaban a más y mejor. Claramente sintió los pasos de los viejos de Casa Roja, y sus voces.

.- Vaquita, ven vaquita, no te vayas.

.- Me parece que se va por allí, Ernesto, oigo los cencerros.

Deben ser dos,

.- Vaquitas, vaquitas...

Gorrión no esperó a que se acercaran más y levantándose echó a correr con toda la velocidad que podía. Entre el ruido de las esquíes seguía oyendo las plañideras voces de...

.- Vaquitas, vaquitas...

Por fin las voces se perdieron en la distancia.

Jadeante llegó Gorrión al pueblo y entrando como una tromba en el casino donde el señor alcalde jugaba su acostumbrada partida de mus, contó a este todo lo que había pasado. La primera autoridad del pueblo se mostró reacia a creer lo que decía el chico, pero varias voces se elevaron en su defensa y a poco un buen grupo de sesudos señores entre los que iba el alcalde el médico, el farmacéutico y varios concejales, a más de un grupo de mozos armados de estacas y todos con sus respectivos cencerros colgándose del cuello, se encaminaban a Casa Roja. Cuando llegaron ante la verja Gorrión tomó el mando y distribuyó los grupos poniendo a los de los cencerros a un lado y a los mozos con las estacas a otro. Luego dió la orden y un infernal sonido de cencerros y mugidos atronó el espacio. El resultado de este concierto no se hizo esperar. Se abrió la puerta de la casa y por ella salieron los dos viejecillos dando gritos de contento.

.- Son muchas vacas. Laura, montones de vacas.

.- Si Ernesto, son muchas y vamos a necesitar muchos cacharros.

.- Las ordeñaremos a todas y nuestros mínimos tendrán leche para mucho tiempo.

Pero cuando llegaron al lugar donde sonaban los mugidos y cencerros en lugar de las robustas vacas del tío Nando se encontraron con el señor alcalde y los demás.

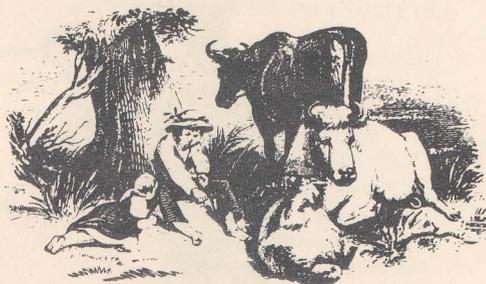
.- No son vacas, Laura.

.- No, Ernesto, son personas.

El alcalde avanzó muy solemne empuñando su vara de mando y haciendo sonar el cencerro que le colgaba del cuello.

.- En nombre de mi autoridad los detengo acusados del robo de leche. Y así terminó esta aventura de Gorrión y su gallo Pascual. Bueno, no exactamente así, ya que en el pueblo le dieron un homenaje por su hazaña.

Hubo dulces, vivas a Gorrión y música, pero lo que más le agradó a este fue la llegada de los gitanos que bailaron y cantaron para él. Y entonces el tío Nando fue a su establo y ordeñó las vacas llenando cuatro grandes cantaros de leche que repartió entre los gitanillos los cuales bebieron hasta ponerse las morenas barriquillas como parches de tambor.



Club Ardilla

Suplemento Infantil de

aguayro

Los gitanos

Otra aventura de Gorrión

Por Carlos Guillermo Domínguez

.- Gorrión, ¿puedes acercarte un momento?

El chico cogió a su gallo Pascual y cruzó la calle.

.- Diga señor Pedro.

El dueño de la tienda le señaló una cesta llena de víveres.

.- Esto es para los señores de Casa Roja. ¿quieres llevárselo?. Es un gran favor el que me harías, Gorrión. No tengo a quien mandar y ahora me es imposible dejar la tienda y ya sabes como son los señores de Casa Roja.

Si, el muchacho sabía perfectamente la fama de chiflados y de mal genio que tenía el matrimonio que había comprado aquella enorme casa de la colina. Y también sabía muchos cuentos que corrían por el pueblo sobre las cosas raras que ocurrían en aquella casa llena de gatos y animalejos de todas clases.

.- Lo llevaré, señor Pedro.

.- Gracias Gorrión. Y por favor, ten cuidado no se te pierda alguna cosa. Tiemblo solo de pensar que vengan aquí con reclamaciones.

.- Descuide, no se me perderá ni romperé nada.

Gorrión soltó a su inseparable gallo y cogiendo la cesta se despidió del señor Pedro tomando seguidamente la dirección de Casa Roja, seguido por Pascual que cacareaba protestando por que lo hubiera dejado en el suelo.

.- Deja de protestar, Pascual, No te llevo en brazos porque no podrías contigo y con la cesta. Además ya eres grandecito para que te lleven cogido como a un niño chico. Bueno -rectificó- como a un pollito.

Atravesaron las soleadas calles del pueblo y llegaron a pleno campo.

Allí, sobre la colina, destacaba claramente Caja Roja que, en contraste con el verde que la rodeaba y recibiendo de lleno los rayos del sol, parecía más roja que nunca.

Cuando tomaba la vereda que con conducía directamente a la casa, el chico sintió que le llamaban. - Gorrión, ¡eh!, Gorrión. Pronto descubrió al que gritaba su nombre. Era Santiaguín que cuidaba a las vacas del señor Nando, el lechero. De cuatro saltos estuvo junto a él.

.- ¿Qué hay Santiaguín?.

.- Quería enseñarte una cosa, ven.

.- Ahora no puedo. Tengo que llevar esta cesta a Casa Roja.

.- Es sólo un momento. Déjala ahí y ven conmigo.

Gorrión dejó la cesta en el suelo y luego miró hacia las seis hermosas vacas que pastaban por allí cerca.

.- Oye, ¿no se comerán esto las vacas?.

.- No te preocupes que no harán

nada malo. Anda ven.
Lanzando una mirada a la cesta
Gorrión siguió tras el vaquerillo
que ágilmente trepaba a un altozano.
Cuando llegó junto a él este le
señaló al otro lado.

.- Mira Gorrión, son gitanos.
En efecto, al otro lado, en un
pequeño valle, se veía un carroma-
to junto al cual se movían mujeres.
Un poco más allá los hombres
contemplaban dos famélicos caballos
haciendo grandes gestos con las
manos mientras que, correteando
por todos lados, se veían hasta una
docena de chiquillos escandalosos
cuyos gritos atronaban el campo.

.- Sí, son gitanos. ¿Cuando llega-
ron Santiaguín?.

.- A media mañana. Yo oí los gritos
de los hombres y vine a ver. ¿Qué
te parece si vamos luego a
conocerlos?.

.- De acuerdo. Pero ahora lo que
tengo que hacer es llevar la cesta.

.- Sí, vamos.

En un momento estuvieron de nuevo
junto a las vacas. Gorrión inspec-
cionó la cesta y vió con satisfacción
que estaba intacta.

.- Adiós, Santiaguín, ya nos
veremos luego.

Alegremente reanudó la marcha
hacia Casa Roja sintiendo tras él el
cacareo de Pascual quien parecía
bastante descontento de aquella
caminata bajo el sol.

Al fin se encontró ante la verja de
la casa y tirando de la cuerda de
la campanilla esperó mientras
contemplaba la gran cantidad de
gatos que pululaban por el jardín.
Viendo que no había respuesta vol-
vió a tocar la campanilla, pero
pasó un buen rato y nadie contestó.
Al fin, decidido, empujó la verja
que se abrió con un ligero chirrido,
y penetró en el jardín. No había
dado más que media docena de pasos
cuando ya estaba rodeado de gatos
que lanzaban lastimeros maullidos.
Esto fué mucho para el pobre
Pascual quien, cacareando fuertemente,
dió un vuelo y se agarró a

un hombro de Gorrión. Este sintió
las uñas del animal en la carne.

.- No seas bruto, que me haces
daño. Vamos, baja de ahí.
Pero Pascual se hizo el sordo y
continuó agarrado con todas sus fuer-
zas mientras contemplaba con sus
negros ojillos aquella verdadera
marea de felinos de todos los
colores.

.- ¿Qué haces aquí, chico?. ¿
¿Como te has atrevido a entrar?.
Gorrión miró con curiosidad a
aquella viejecita menuda que bajaba
rápidamente las escaleras de la
casa y se dirigía hacia él.

.- Verá usted, señora... Empezó a
decir, pero la anciana no le dejó
continuar.

.- Y has dejado abierta la verja,
se me van a escapar mis mininos.
Pasó junto al chico corriendo,
cerró la verja y volvió junto a él
gesticulando.

.- Eres un descuidado.

Sin poder explicarse aún como
aquella ancianita menuda y delicada
podía correr tanto y con tanta
agilidad, pudo contestar al fin el
muchacho:

.- Vine a traerle esta cesta de
parte del señor Pedro.

.- ¿Qué señor Pedro?.

.- El tendero, señora.

.- ¿Y no podía haberla enviado
antes?. -chilló la vieja enfurecida-
En este pueblo son todos unos
palurdos inútiles. Da gracias a
que no está mi marido que si no te
llevarías tu merecido por traer esto
tan tarde.

Gorrión se apresuró a dejar la
cesta en el suelo y a salir con la
mayor rapidez de aquella casa.

.- Aquí tiene, señora. Y ahora me
voy que tengo prisa.

Cuando al fin se vió de nuevo en
pleno campo, acarició la cresta de
Pascual

.- ¿Te fijaste como me trató la buena
señora?. Vaya una forma de
agradecer un favor. Y tu tranquilí-
zate que aquí no hay gatos. Tienes
la cresta pálida aún.

leche. Si lo fueran, al oír los
cencerros y los mugidos hubieran
venido creyendo que éramos vacas
No han venido. Por tanto no son
los ladrones.- Se quedó pensativo
Pero entonces ¿quienes pueden
ser?. Por aquí no hay cerca más
que la Casa Roja... -se detuvo
y se puso en pié de un salto con
gran sobresalto de Pascual que más
pensaba en dormir que en aventuras
detectivescas.- ¡Claro, los viejos
de la Casa Roja!. Vamos Pascual
vamos a ver allí da-da resultado mi
idea.

Impaciente por llegar antes cogió
al gallo y salió corriendo. Cuando
llegaron ante la verja de la casa
puso de nuevo el cencerro a
Pascual y él se puso el otro.

Escondido tras un árbol empezó a
mugir a más y mejor mientras hacia
sonar el cencerro con fuertes
movimientos de cabeza. El gallo se
animó ante esta y lanzó un fuerte
kikiriki.

.- ¡Calla.- Le gritó el chico.- Si
no sabes mugir guarda silencio.
¿Cuando has visto tú a una vaca
que cante de esa forma?.

En aquel momento se oyó abrir una
puerta de la casa y se oyeron
voces que se acercaban. Gorrión
dió otro mugido e hizo sonar el
cencerro.

.- ¿Oíste, Laura?. La vaca está
por aquí..- Si, Ernesto, está por
ahí. ¿Trágame la lechera?.

.- Sí, Laura, la lechera grande.
.- Al fin conseguiremos nuevamen-



igual que yo, ¿verdad?. Pues somos los únicos en el pueblo. Todos los demás piensan que son ellos y según he oído decir van a llamar a la Guardia Civil. Pero nosotros vamos a aclarar esto y a encontrar al verdadero culpable. Ven conmigo.

Pascual clocleó molesto. Ya tenía casi desenterrada una lombriz y en ese momento se le ocurría a su dueño irse de allí.

Seguido por el malhumorado gallo llegó Gorrión ante la casa de don Cosme el médico y llamó. El mismo doctor abrió la puerta.

.- Hola, pequeño. ¿Qué quieres?

.- Muy buena, don Cosme. Venía a pedirle un favor muy grande muy grande.

.- ¿Sí?. ¿Y de qué se trata?.

.- Usted colecciona sellos, ¿verdad?. ¿Y tiene una lupa, no? El médico lo miró extrañado sin saber a donde quería ir a parar el chiquillo. .- Todo eso es cierto, Pero no veo...

.- Pues verá usted: Quiero que me deje la lupa.

.- ¿La lupa?, ¿Y para qué quieres tú la lupa?.

.- Para investigar, don Cosme. El galeno sonrió creyendo entender.

.- Ya, ya, quieres verde cerca a los insectos, estudiar sus figuras. Pues no seré yo quien te prive de esa enseñanza. Ahora mismo te la traigo.- Y diciendo esto desapareció en el interior de la casa.

.- Bueno, -murmuró por lo bajo Gorrión.- Si el se cree que es para eso...

Don Cosme apareció de nuevo con una gran lupa en la mano que tendió a Gorrión el cual se apresuró a cogerla.

.- Aquí la tienes. Mucho cuidado con rompérmela.

.- Descuide usted. La cuidaré mucho. Y gracias, don Cosme.

Desde la puerta el bueno del doctor vio alejarse al chiquillo y pensó que costaba muy poco hacer felices a los demás.

Mientras el chico iba aleccionando a Pascual.

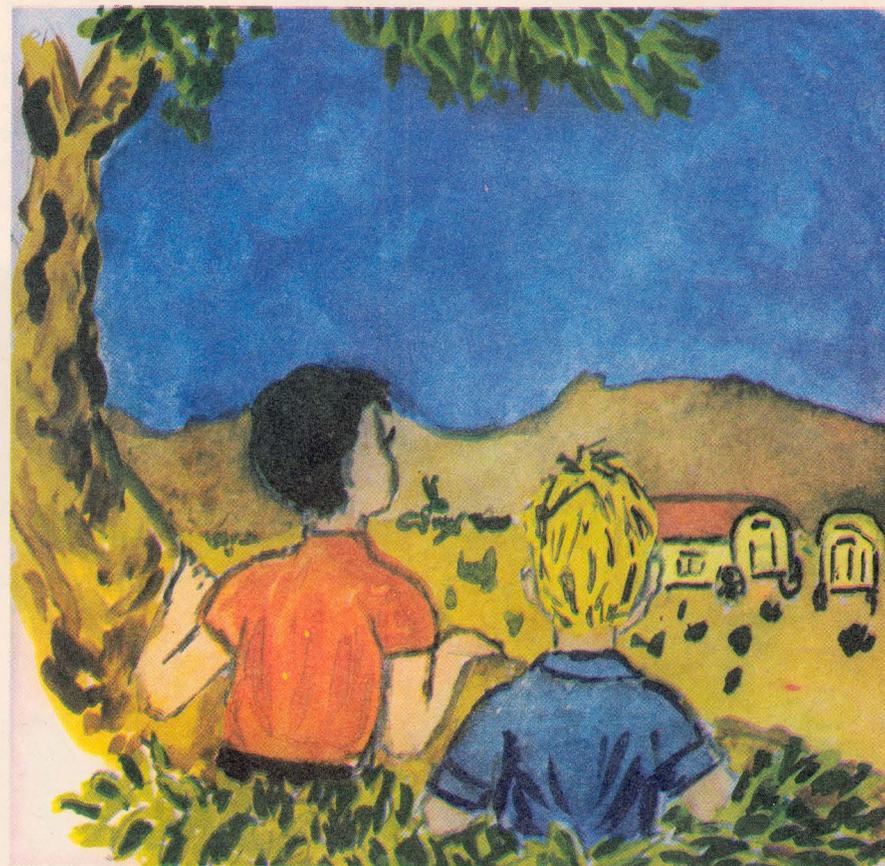
.- Desde este momento somos dos detectives, ya lo sabes. Tenemos en nuestras manos un importante caso, el caso de la leche robada y vamos a encontrar al culpable. Durante el resto del día los que vieron a Gorrión y a su gallo pensaron que el chico no estaba bien de la cabeza. Se le veía de un lado a otro mirándolo todo con su lupa. De cuatro patas recorrió una y otra vez el prado donde antes pastaban las vacas del tío Nando y que ahora estaban encerradas en el establo de la lechería para evitar nuevas filtraciones de leche.

.- Nada, Pascual, no hay huellas delatoras. Hay que pensar otra cosa para dar con el culpable. Ya empezaba a caer la noche cuando Gorrión creyó haber dado con la idea salvadora. Después de devolver su lupa a don Cosme, fué a la herrería y consiguió que Juanón, el hijo del herrero, le prestase un cencerro grande y otro pequeño. Ya con ellos en su poder y siempre seguido a su fiel gallo fué hasta las cercanías del campamento de los gitanos.

.- Y ahora haz lo que te digo. Primero ponte este cencerro.- Con gran cuidado colgó del cuello de Pascual el cencerro pequeño y luego del suyo propio el mayor.- Ya estamos disfrazados de vacas, Pascual, empieza nuestra peligrosa misión.

Caminado de cuatro patas y haciendo sonar el cencerro a la vez que de cuando en cuando soltaba un: Muuuu prolongado, Gorrión fué dando la vuelta al campamento de los gitanos. Por entre las matas veía a estos claramente alrededor de la hoguera, pero pese a sus mugidos y al ruido de los cencerros vacunos, ninguno de ellos se acercó. Al fin, el chiquillo se alejó con su gallo y se sentó a cierta distancia.

.- Teníamos razón, Pascual. No son los gitanos los ladrones de



.- Eh, Santiaguín -gritó cuando estuvo cerca del vaquerillo. ¿Vamos ahora a ver a los gitanos? Santiaguín movió la cabeza negativamente.

.- No puedo, Gorrión. No me atrevo a dejar solas las vacas mucho tiempo. Iremos luego si te parece y si no mañana.

.- De acuerdo. Hasta luego.

.- Adiós, Gorrión.

Al llegar al pueblo el chico dí cuenta al señor Pedro de haber cumplido su encargo. El tendero le dió un puñado de caramelos.

.- Toma, no es que intente pagarte el favor, que eso no se paga sino para que endulces un poco la boca

después de la caminata que has dado. Saboreando un caramelo salió el chico de la tienda y se encaminó a la plaza, pero al llegar cerca de la lechería unas voces que salían de ella le hicieron detenerse para ver lo que pasaba. Había algunas personas detenidas allí y se abrió paso entre ellas hasta quedar en primera fila. Entonces pudo contemplar al señor de Casa Roja discutiendo con el señor Nando.

.- Le digo que esto es una porquería y que no se lo doy a mis gatos. Usted le pone agua a la leche.- gritaba el de Casa Roja un viejecito menudo y delgado vestido de negro.

.- Agua, ¿qué'yo le pongo agua a

la leche?.- bramaba rojo de indignación el tío Nando.- Eso es dudar de mi honradez, señor mío.
.- Yo no dudo de su honradez. Pero usted -y el viejecito diendo esto golpeó el mostrador con su bastón- usted le pone agua a la leche.
El tío Nando intentó contestar pero no pudo. Y a falta de palabras se dió unos tirones de su rojizo pelo y resopló fuertemente a la vez que daba un gran puñetazo sobre el mostrador. Puñetazo que encontró como eco un nuevo bastonazo dado por el viejecillo.

En aquel momento, una gitana joven, de rostro moreno y negros ojos, se acercó y puso en el maltratado mostrador una cántara.

.- ¿Pue darme zu mercé un poco de leche?.

Después de aspirar un par de veces, el tío Nando preguntó:

.- ¿Cuánto quiere?.

La gitana sonrió.

.- Lo que uzté guzte, rezalao.

.- No me llame cosas raras que no estoy de humor. Y es usted la que me debe decir cuanto quiere.

.- Verá zu merced. Como no tengo dinero y ez fiao, deajo que me ponga la que guste.

De nuevo el tío Nando empezó a ponerse colorado.

.- ¿Un fiado?. ¿Y lo dice tan tranquila?. Pues sepa que yo no fío a nadie.

Iba bueno el negocio si fiara a todo el que viene.

.- Ez que, verá uzte.- insistió la gitana- hay unos churumbeles que aún nó tienen dientes y les hace falta leche. Zea generoso con unos probes gitanillos.

.- Ni generoso ni nada. Vamos fuera de aquí.- Gritó el tío Nando señalando la puerta.

La gitana cogió la cántara. miró con los ojos echando fuego al tío Nando y exclamó:

.- Ojalá te salga too al reve, que tuz vacas en lugar de leche den agua...

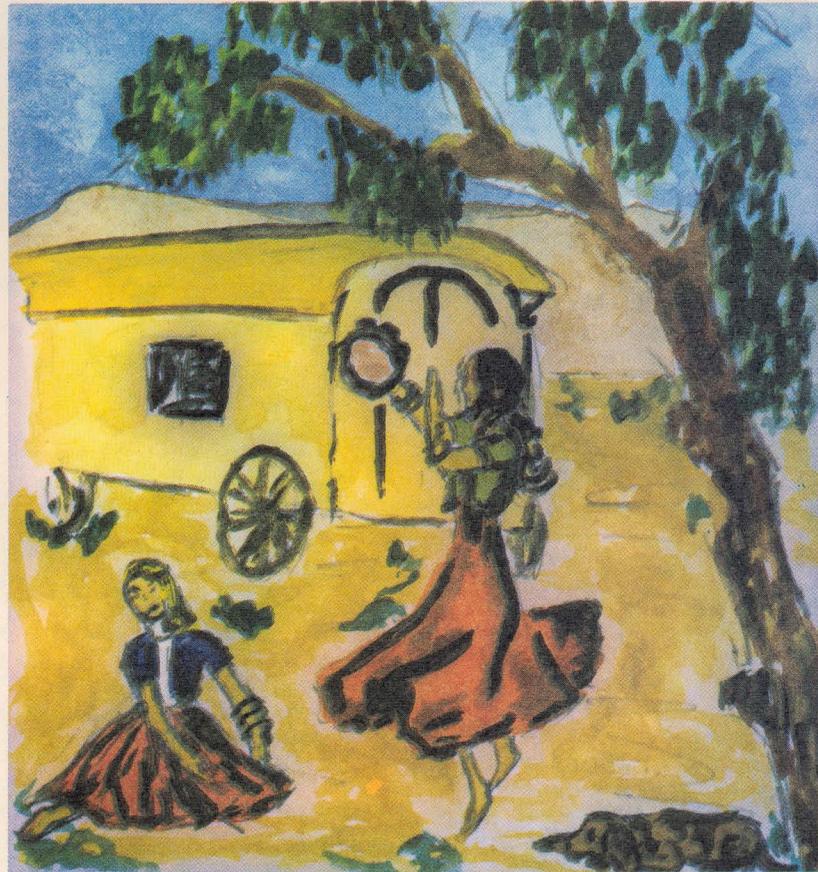
El getete de Casa Roja rió.

.- De eso se encarga él, ya le pone bastante agua a la leche.

El lechero le lanzó una furibunda mirada mientras la gitana salía furiosa a la calle y abriéndose paso entre la gente se alejó. Gorrión corrió tras ella y al fin le alcanzó.

.- Oiga, oiga...

La gitana se detuvo.



;- ¿Qué quieres?.

.- Verá usted... Yo le oí decir que había unos niños y... bueno... Yo tengo estos caramelos y quiero dárselos para ellos.

Diciendo esto alargó a la mujer el paquete de caramelos. Luego añadió.

.- Se los da a chupar poquito a poco

y a lo mejor les gustan.

El paquete quedó entre las morenas manos de la gitana.

.- Gracias, pequeño. Ojalá un día te de alguien tantas piedras preciosas como caramelos me das. Y si algo necesitas alguna vez de unos pobres gitanos vete a verme.

.- Yo, verá usted.- balbuceó el

muchacho.- Soló quiero pedirle una cosa.

.- Dime.

.- El señor Nando no es malo, ¿sabe?. Si no le dió la leche es porque estaba enfadado, muy enfadado... Yo, yo quisiera que usted no desease que sus vacas den

agua en lugar de leche.

.- De acuerdo, no lo desearé- Haciendo un gesto con la mano se fué la gitana mientras Gorrión miraba a Pascual comentando:

.- Y luego dicen que los gitanos son mala gente. Pues a mi me parecen lo contrario.

Aquella noche Gorrión soñó con gatos, gitanos y ríos de leche.

Cuando a la mañana siguiente fué a ver a su amigo Santiaguín, el vaquerillo lo encontró triste.

.- ¿Qué te pasa?. ¿Se te ha escapado alguna vaca?.

.- No, Gorrión, no es eso. Es algo mucho peor. Esta mañana vino como siempre el tío Nando a ordeñar las vacas, ¿y sabes lo que pasó?.

Pues que no dieron leche.

.- ¡Arrea!.- exclamó Gorrión acordándose de la maldición de la gitana- ¡Dieron agua!.

.- No añadió Santiaguín moviendo la cabeza- no dieron nada de nada. Estaban secas.

.- ¿Secas?.

.- Si, secas, como si alguien las hubiese ordeñado ya.

En los días que siguieron continuó ocurriendo lo mismo. Cuando el señor Nando iba a ordeñar sus vacas por la mañana se encontraba que estas no daban una gota de leche. Por el pueblo empezó a correr el rumor de que todo esto ocurría a causa de la maldición de la gitana. Pero el tío Nando no creía en tales boberías. El estaba convencido de que los gitanos ordeñaban sus vacas por la noche y la robaban la leche y así se lo hizo saber al alcalde. Por aquellos días un gitanillo fué sorprendido robando pan y esto fué suficiente para que todo el pueblo señalara a los gitanos como autores del robo de la leche.

Ya se hablaba de expulsarlos del pueblo cuando Gorrión, que no creía en la culpabilidad de los gitanos, tomó cartas en el asunto.

.- Sí, Pascual, yo no creo que los gitanos roben la leche. Tu piensas